

ximidad al conflicto, a la anulación del fallo del Consejo de Indias y que las «1.065 personas que se dicen descendientes de los siervos primitivos [...] todos, sin diferencia de oficio, edad y sexo, se declaren libres».¹³

Con esto en modo alguno pretendo insinuar que lo Cubano es exclusivo del Centro y Oriente de la isla. Creo sin embargo, como dije, que emergió en estas regiones primero que en las zonas dominadas por el ingenio. Ahora bien, cuando la sociedad azucarera cobró conciencia de que hacia el oriente la isla se extendía en términos de tierras, bosques y puertos de reserva para la expansión del ingenio, lo hizo también pensándose a sí misma ya no como habanera o matancera, sino como cubana. Para mí, pues, lo Cubano se forma precisamente en esta profunda grieta que divide a Cuba en lo geográfico, en lo etnológico, en lo económico, en lo social. De estas dos Cubas, la que siempre ha dominado es la *Cuba Grande*, la del ingenio, cuyo polo cultural apunta hacia los mercados extranjeros del azúcar; es una Cuba autoritaria, soberbia, insensible; una Cuba que tiende a reducir la sociedad a los requerimientos de la producción, de la tecnología y, sobre todo, de la demanda mercantil. La *Cuba Pequeña*, al contrario, mira hacia el interior, hacia la tierra; su polo cultural está constituido por la diversidad propia del folklore y la tradición; es la heredera de lo Criollo y de la heterogeneidad característica de la sociedad preazucarera.¹⁴ Es en esta Cuba que se resiste a ser manufacturada donde primero surgen los discursos científicos y poéticos de lo Cubano; es aquí donde emerge, en tanto mecanismo de poder «pequeño» que se resiste a ser dominado por el poder «grande» de la máquina azucarera, la profesión de escritor y la literatura cubana. Esto, como dije atrás —perdóneseme la insistencia—, no quiere decir que el discurso literario que expresa lo Cubano sea privativo de esta *Cuba Pequeña*; sólo intento establecer la idea de que fue allí donde primero se mostró y donde fue identificado como discurso subversivo por la máquina azucarera-esclavista. Es justamente esta «identificación» lo que constituyó el polo territorializador de la literatura cubana. No obstante, antes de ver de cerca este importante momento de formación de discursos, es preciso definir lo que entiendo por «resistencia azucarera».

Para empezar, imagino lo azucarero como una figura, una constelación de maquinarias, tubos, aparatos y operarios muy semejante a las que vemos en los diagramas fabriles. Esta constelación o parque de tecnología es eficaz gracias a conexiones que unifican el sistema. Basta disminuir el flujo de energía —de poder— en cualquiera de los escalones de producción, para que se afecte el ritmo óptimo de esta gran máquina de máquinas. En la época que observamos, la figura azucarera estaba trazada más o menos de la siguiente manera: Corona Española, Gobierno Colonial de Cuba, Prestamistas-Negreros Españoles, Sacarocracia, el Ingenio. Esto, naturalmente, es una reducción extrema de la complejidad de la figura, al punto que la he presentado en términos de

¹³ Ibid., p. 47. Sobre este tema, ver José Luciano Franco, *Las mitzas de Santiago del Prado y la rebelión de los Cobreiros* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975).

¹⁴ *Sobre la Cuba Grande y la Cuba Pequeña*, ver H. E. Friedlaender, *Historia Económica de Cuba* (Habana: Montero, 1944).

una escalera de poder.¹⁵ En todo caso, lo que me interesa aquí es convenir en la idea de que toda resistencia ejercida en cualquiera de las conexiones se extendía necesariamente a toda la figura.

La estrecha relación de dependencia mutua que ligaba a los factores que he expuesto arriba se observa aún en fecha tan tardía como 1873. Ese año, en el cual los camagüeyanos de la *Cuba Pequeña* (la de la Independencia) lloraron la muerte en combate de Ignacio Agramonte y el fusilamiento del general Bernabé Varona, las familias de la sacarocracia desfilaron por las calles de La Habana en sus suntuosos carruajes, celebrando junto con el carnaval una zafra récord de 772.068 toneladas que representaba el 42 % del azúcar de caña producido en todo el mundo.¹⁶ Ese mismo año, al ser entrevistado el poderoso negrero y hacendado español Julián de Zulueta por el *Times* de Londres, afirmaba que la esclavitud africana en Cuba continuaría «tan segura como siempre lo había estado» bajo el nuevo gobierno republicano de Castelar, ya que «no había persona que tomara el poder en Madrid que no tuviera su precio».¹⁷ Hay que considerar que tres años atrás el dinero de la sacarocracia y los comerciantes españoles había financiado la subida al trono de Amadeo de Saboya con la condición de que éste no liquidara la esclavitud. En lo que toca al Gobierno de Cuba, la influencia de Zulueta en La Habana era tal, que el corresponsal del *Times* afirma que el Gobernador lo consultaba siempre antes de tomar cualquier decisión. Pienso que con lo ocurrido este año queda clara la interrelación que existía entre los diversos escalones de poder que constituían la gran alianza azucarera de Occidente.

Aquí, sin embargo, no nos interesa observar el alud de textos vinculados al poder del ingenio, sino las muestras de resistencia en el espacio del discurso intelectual de la *Cuba Pequeña*, principalmente en su modalidad literaria.

En 1834 Ticknor escribía a Domingo del Monte:

He sido sorprendido, desde que comencé a leer la *Revista Bimestre Cubana*, por la intensa capacidad literaria y cúmulo de éxitos de su Isla. Nada que pueda serle siquiera comparado, que yo sepa, ha sido nunca presentado en ninguna de las colonias españolas, y hasta en algunos respectos, nada semejante se ha visto en España. Jamás ha sido intentada en Madrid una revista de tanto ingenio, variedad y fuerza.¹⁸

¿Qué había ocurrido —se preguntaría Ticknor— para que de repente estallara en Cuba esa «intensa capacidad literaria»? Quizá el mismo del Monte no habría podido responder tal pregunta de una manera aceptable. Se hallaba envuelto por su situación particular y es muy posible que viera esta súbita actividad literaria como una expresión de su voluntad; esto es, como el fruto de su talento organizativo y de su decisión de

¹⁵ Habría que incluir de algún modo a grupos norteamericanos mercantiles negreros y anexionistas. De los factores que enumero, la Corona y el Gobierno de Cuba fueron desplazados hacia 1850 por parte de la sacarocracia, cuya estrategia se orientó a favor de la anexión al Sur esclavista de los Estados Unidos. Excluyo a intelectuales cubanos de buena fe que veían la intervención norteamericana como un paso a la independencia.

¹⁶ Moreno Friginals, op. cit., III, p. 37.

¹⁷ Esta cita y la información sobre Zulueta, la tomo de Hugh Thomas, *Cuba. The Pursuit of Freedom* (New York: Harper & Row, 1971), p. 262.

¹⁸ Cita tomada de Fernando Ortiz, ed., *Contra la Anexión* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974), p. 32.

articular una literatura que respondiera a las contradicciones que percibía en la sociedad de su tiempo. Hoy, claro está, tal pregunta sería respondida con menos decisión, con más cautela. Al igual que Arango y Parreño en la época de su *Discurso* habanero, del Monte era, en la década de 1830, uno de los tantos «autores» formados por la confluencia de varios discursos. Lo importante hoy ya no serían estos «autores», digamos gente como Varela, Heredia, Saco, Luz y Caballero, El Lugareño, Echeverría, Tanco, Palma, Villaverde, Suárez y Romero, Manzano, Plácido, Milanés, Cárdenas, Betancourt, Poveda, la Avellaneda, Poey, Covarrubias, Pichardo, Saumell... Lo importante sería —como vimos en el caso de Arango— constatar que en esos años existía en la isla una superficie socio-económica que posibilitaba la manifestación de ciertos discursos que hoy, al estudiarlos en su conjunto, los vemos definir la emergencia de lo Cubano. Los autores que he nombrado, desde el pensador Varela hasta el músico Saumell, se insertaron en ellos con sus obras y fueron en muchos respectos los primeros manipulados/manipuladores de lo Cubano en la literatura, el teatro, las ciencias sociales, la educación, las ciencias naturales, la lexicografía, la geografía, la música, la crítica literaria.

Ahora bien, la superficie socio-económica de que hablo debe imaginarse como un escenario de conflictos. De momento sólo reparo en uno de ellos, sin duda el más crítico y formidable de esos años. Se suele expresar en signos aritméticos, pero hay que convenir en que esto supone una reducción pragmática, fría, simplificadora. Según los censos oficiales de la época, la población de Cuba podía dividirse entonces de la manera que sigue:

<u>Año</u>	<u>Esclavos (%)</u>	<u>Libertos (%)</u>	<u>Blancos (%)</u>
1774	25,8	17,9	56,2
1792	31,6	19,7	48,7
1817	36,0	20,6	43,4
1827	40,7	15,1	44,2
1841	43,3	15,2	41,5 ¹⁹

Claro, este lenguaje estadístico no comunica sentimientos; comunica, sin embargo, proporciones demográficas y sociales que evidencian el proceso de territorialización esclavista del ingenio. Surge la pregunta: ¿cómo arreglar estas cifras divididas por el azúcar y la piel?

La respuesta radical era, por supuesto, liquidar la esclavitud y el coloniaje español. Esta había sido la meta de una serie de conspiraciones a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XIX, entre las cuales la más interesante parece haber sido la de José Antonio Aponte (1812). En lo que toca a textos, contamos con la *Memoria sobre la esclavitud*, de Félix Varela, incluyendo su apéndice «Proyecto de decreto sobre la abolición de la esclavitud en la Isla de Cuba y sobre los medios de evitar los daños que pueden ocasionarse a la población blanca y a la agricultura» (1822). También, de Varela, tenemos un *Proyecto de instrucción para el gobierno económico político de las pro-*

¹⁹ Marrero, op. cit., p. 192.